



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

JUEVES 1.º DE MAYO DE 1873.

NÚM. 124.

LA LUZ.

Nos extraña una cosa; el silencio de los altos dignatarios de la Iglesia, de los obispos sobre los curas levantados en armas contra el Gobierno de la nación. Nos extraña sobre manera ese silencio. Ellos, los encargados de velar por la moral pública; ellos, los encargados de vigilar la conducta de sus curas de almas, permanecen en silencio cuando estos incendian, roban, saquean, destruyen estaciones, derriban postes telegráficos y obran como bandoleros; ellos, los encargados de llevar á todas partes la fraternidad y el amor! Conducta es esta incomprensible á todas luces y censurable por todo extremo.

¿Cuál es la misión del ministro de Dios? Estar en su parroquia, llevar á donde se los pidan los auxilios espirituales; predicar la armonía y el concierto entre todos y obrar en consonancia con esta predicación; instruir á los fieles en la doctrina de Cristo y en todas aquellas cosas útiles para la vida; no dar que decir; no ser irascible ni injusto, ni amigo de fiestas ni aficionado á las armas. Las armas buenas son para los que pelean, pero no para los que predicán; la misión del sacerdote es orar y no disparar tiros.

¡Qué monstruoso es ver á un sacerdote cabalgando sobre un poderoso corcel con la carabina en la mano, con las pistolas en el arzon, con el sable á la cintura! ¡Qué monstruoso es verle dar órdenes, recibir confidencias, escuchar espías, sacar raciones! Y cuando se divisa al enemigo, ¡qué salvaje es verle, sacar el sable, preparar la carabina y disponerse á dar



PEDRO ANTE EL SEPULCRO.

el ataque con su semblante contraído por la cólera y por el odio! Y muchos de estos ministros del Altísimo andan por esos campos de Dios enderezando entuertos y recorriendo montañas; y no hay superior que les diga una palabra, ni obispo que les dirija una misera pastoral siquiera, que aunque de nada sirve, manifieste al menos que las altas digni-

dades del catolicismo miran con malos ojos que un sacerdote semanche hasta el punto de empuñar un trabuco y salir por esas tierras como un bandolero á defender una causa que se llama de Dios, y que al ménos, por los excesos que comete, debería llamarse de Satanás.

Pero no sucederá. No vendrá una pastoral siquiera. Unos y otros hacen causa común. Los altos y los bajos están de acuerdo en odiar la libertad, y si para ganar la partida fuere preciso que todos los clérigos saliesen al campo, todos los clérigos saldrían, y los fieles se quedarían sin curas que les confesasen, sin presbítero que les dijese misa. Pocas excepciones habría. ¿Qué importa todo con tal que ellos volviesen á los tiempos antiguos? ¿Qué importa todo con tal que sus rentas volviesen á ser las de ayer, con tal que sus arcas volviesen á llenarse? No son los clérigos del oro, de la pompa, de las buenas mesas. ¿No son de aquellos *cuyus Deus est venter*?

Vedlos: han entrado en cualquier población. El saqueo, el robo, el pillaje han durado dos ó tres horas. Todo el que ha podido ha huido de la furia de aquellos salvajes. El jefe de la partida se llama el cura de Ollo, ó el cura de Santa Cruz. Se ha cogido á algunos soldados ó voluntarios, excelentes padres de familias, y se los ha fusilado. Se toca la corneta. La partida se reúne en la plaza. Se colocan centinelas en las afueras del pueblo para no ser sorprendidos. Se les pone un altar. El cura que ha dispuesto los fusilamientos, se quita tranquilamente los *arreos de matar*, como pudiéramos decir, usando una frase popular, el sable, el re-

wolver, se viste la casulla del cura del pueblo, y al pié de aquellos cadáveres todavía palpitantes dice una misa, que aun suponiendo que la misa fuere una verdad cristiana, en aquellos momentos y con aquellas circunstancias, sería una horrible blasfemia lanzada á la frente de Dios.

¿Y no hay una palabra para condenar esto? Los sentimientos cristianos, ¿dónde se han ido? ¿Qué idea se tiene de la religión cuando no se protesta contra esos curas, verdaderos vándalos, tanto más culpables cuanto que lo son en un siglo de ilustración y de tolerancia? Dios vé á los actores y á los consentidores; Él los juzgará.

JESÚS Y LA SAMARITANA.

La perspectiva de una nueva y maravillosa agua se presenta á la mujer de Samaria. Ella no comprende aún todo su valor, y dice: «Señor, dame esa agua, á fin de que no tenga ya más sed y no tenga que volver aquí.» Segun un comentador, Tholuck, todavía hay ironía en esta pregunta, pero no es de creer que la hubiera. Al llegar á este punto Jesús interrumpe el hilo de la conversacion, y llama la atencion de la mujer hácia otro punto. Quiere hacerla entrar en sí misma, quiere hacer un llamamiento á su conciencia. Quiere tambien hacerla notar que las cosas sobrenaturales le son completamente familiares. Viendo cuánta es su ligereza y su poco conocimiento en las cosas celestes, adopta otro medio y procura asombrarla manifestándola que conoce sus pecados. Por regla general el hombre no se convierte porque se le hable de arrepentimiento, solo lo hace cuando se evocan algunas de las fibras más delicadas de su corazón.

La Samaritana responde que no tiene marido. Esto, como se vé, no es más que eludir la pregunta del Salvador. Pero este, que lo sabe todo, insiste en lo que la ha dicho, vuelve á la carga, la manifiesta los excesos de su vida desordenada, y la dice: «Has dicho bien, no tengo marido; has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido; en esto has dicho verdad.» Hay algo tambien de ligeramente irónico en esta insistencia con que Jesús repite: «En esto has dicho la verdad.» Bien se ve que la intencion de la Samaritana era ocultar sus faltas á aquel con quien hablaba; no le conocia y queria engañarle. Pero el Redentor se vale de su respuesta para hacerla ver que conoce su vida y al mismo tiempo para patentizarla su poder sobrenatural y su divinidad con él.

Ella se asombra. ¿Cómo aquel hombre que en lo físico en nada se diferencia de los otros, sabe que ella ha vivido con cinco hombres que no eran sus maridos y que en aquel momento está unida á otro que tampoco lo es? Naturalmente empieza á mirar al hijo del hombre de un modo diferente. S. Crisóstomo dice: «Y la manera con que él especificaba todas estas cosas que debían naturalmente serle desconocidas puesto que él era un extranjero encontrado por ella por casualidad junto á aquella fuente, debía hacerla juzgase por lo menos que él era un gran profeta.»

Los ojos de la Samaritana se abren; aquel hombre ya no es un advenedizo, un cualquiera; por lo ménos es un profeta. Su atencion y su inteligencia están despertadas; hay que remover su conciencia que todavía permanece insensible y muda. La mujer á todo trance quiere hacer separar á Jesús la vista de su conducta. La sucede lo que á todos los pecadores. Ni quiere que se hable ni quiere que le mencionen sus pecados. Presenta al Salvador, para llamarle la atencion hácia otro punto, una especie de controversia religiosa y nacional sobre la que quiere que él la dé su parecer. Señaló con el dedo á Garizin, donde desde los tiempos de Nehemias estaba levantado un templo y le dijo: «Nuestros padres han adorado sobre esa montaña, pero

vosotros decís que es preciso adorar en Jerusalem.»

Esta era una cuestion que le rozaba algo con las creencias populares de aquel tiempo y de aquel país. Y aquí se da el caso de una mujer amante por lo visto de su patria y de costumbres desordenadas, que si no se preocupaba de su alma, todavía no está tan envilecida que ni aun se preocupa de las cuestiones religiosas nacionales. Pero sus palabras no hacen creer que quisiera saber el sitio verdadero á donde debía ir á buscar el perdón de sus faltas.

LOS DOS INDIOS.

Dos indios de la América del Norte, padre é hijo, de vuelta de la caza, descansaban con el carcax sobre la espalda, el arco en la mano, sobre la pendiente de una colina. A algunos pasos de allí se elevaba, sobre la más alta cima de la montaña, una cruz de madera plantada por un misionero. Medio inclinada por el viento; permanecía sin embargo de pié, y se destacaba con gracia y melancolía sobre el azul de los cielos. A la derecha se extendía á lo largo el vasto mar; á la izquierda del horizonte se pintaba la cadena accidentada de la colina, algunas de cuyas crestas llegaban á las ligeras nubes. Despues de algunos momentos de reposo y de silencio, el padre dijo:

—¡Grande es el Dios que ha creado esos cielos y esta tierra por su sola palabra; poderoso el que quiere darnos una vida eterna!

—¿Eterna? respondió el hijo, yo quisiera creerlo y no me atrevo. La eternidad alegra mi corazón pero espanta mi imaginación. Todo lo que no tiene fin me parece pasar por encima de mí, pobre criatura, que temo no concebir la esperanza de ello. Una vida eterna; ¿no es esto exigir demasiado de nuestro Dios? ¿Y no es llevar demasiado alto nuestras pretensiones? Por otra parte, ¿dónde colocaría Dios todos estos pueblos, todas esas generaciones? ¿Cómo podría conservarlas durante una eternidad? ¡Oh! ¡cuántos misterios, padre mío!

Y el jóven dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Hijo mío, lanza una flecha sobre el flanco de la colina.

La flecha partió.

—Vamos á buscarla.

Y los dos treparon la roca.

—Hijo mío, dirige otro dardo por encima de nuestras cabezas, que vaya á herir la encina que corona el monte.

El hijo obedeció, y acompañado del viejo vino á recogerlo al pié del árbol.

—Hijo mío, blande tu arco, y que la saeta vaya á herir contra uno de esos astros que brillan sobre nuestras cabezas... ¿Dudas? No es el espacio el que te falta, es la fuerza. Supon, pues, cumplida una cosa posible, pero que sabrás realizar tú mismo; supon que la flecha ha llegado á una de esas estrellas y que tú llegas despues. Lánzala siempre de mundo en mundo hasta el último límite de la creación. ¿Qué encuentras en eso?

—El vacío, el vacío sin término.

—El vacío es el espacio, y tú acabas de decirlo, ese espacio no tiene fin; un último dardo lanzado en ese espacio no sabría pararse, siempre volaría, siempre. El tiempo, como el espacio, no tiene fin.

—Pero, padre mío, ¿y si le opusiera un obstáculo?

—¿Y qué encuentran detrás del obstáculo, nada ó alguna cosa? Si alguna cosa, el espacio dura todavía, si nada, es el vacío, es el espacio.... eso es siempre lo infinito.

El muchacho guardó silencio. Despues el continuó.

—El espacio y el tiempo no tienen límites. ¿Pero y la vida? Por ella tiemblo yo. ¿La vida puede concluir, y entonces el tiempo correr y el espacio extenderse en medio de la nada! ¡Oh! la muerte me espanta, y sin embargo, no me atrevo á concebir una vida eterna.

—Hijo mío, ¿tú has conocido á tu abuelo?

—Sí.

—¿Y á su padre?

—No.

—¿Tu abuelo es, pues, el más antiguo de los hombres?

—No, él había recibido la vida.

—¿De quién?

—De su padre.

—¿Y él?

—Tambien de su padre.

¿Y el padre de todos, ¿de quién la había recibido?

—Yo no sé, pero sin duda de un ser que existía.

—¿Y quién ha creado á ese ser?

—Puede ser otro creador.

—¿Pero, quién ha creado el primero de esos creadores, alguien ó nadie? Si alguien, este no ha sido jamás creado; si nadie, es el mismo que jamás ha recibido la existencia. El uno ó el otro no ha tenido principio. La cadena que no tuviese primer anillo sería sin fin; y el ser que no haya tenido principio es un ser eterno. La vida, como el tiempo, como el espacio, existe sin límites en cada una de sus partes.

—¡Cada una de sus partes! Si, padre mío, pero si esto no sucede en mí, ¿que me importa que sea en Dios?

Él puede vivir y yo morir. Él puede gozar de una vida eterna sin comunicármela.

—Hijo mío, ¿ha podido este Dios crearte ayer?

—Sí.

—¿Podrá mañana crear otro?

—Sin duda.

—¿Le será más difícil prolongar una vida que sacarla de la nada?

—No.

—Dios que puede comunicar cada día la existencia á nuevos seres, ¿puede continuarla siempre al mismo?

—Yo pienso que sí.

—¿De modo que puede darte una vida sin fin si le parece bien?

—Sí, si le parece bien.... pero lo que puede, ¿lo querrá? Yo comprendo que quiera acordarme veinte, treinta ó cuarenta años, aun un siglo, porque al fin yo veo de esto ejemplos sobre la tierra. Pero padre mío, ¿qué es un siglo al lado de la eternidad? Dios que me ha dado lo uno, ¿querrá tambien darme lo otro? ¿No limita el amigo más generoso sus dones? ¿El más cariñoso padre, no guarda la mitad de su pan?

—Hijo mío, ¿quién te ha dado la vida?

—Dios.

—¿Quién te ha dado un padre y una madre?

—Dios tambien.

—¿Quién te ha dado el campo que cultivas, el ciervo que persigues, el agua que te apacigua?

—Dios tambien.

—¿Y quién ha dado los mismos bienes á todos los guerreros de la tribu?

—Siempre el mismo Dios.

—¿Cuántos hombres y tribus hay en el mundo?

—Yo no sé, pero más que granos de trigo hay en mi campo, si debemos creer al misionero.

—¿Cuántas generaciones han vivido desde la primera sobre la tierra?

—¡Innumerables!

—Así este Dios ha dado la vida á seres tan numerosos, que tú no los puedes contar. Tan numerosos, que hay mas que estrellas en el cielo y granos de arena en la playa. Este Dios ha esparcido la vida á manos llenas, como la nube derrama á torrentes el agua sobre nuestros campos. Y tú desconfías de un tal bienhechor, y tú temes que su bondad se canse, que su amor se fatigue, y que diga un día: yo no tengo nada que dar, mis tesoros estan agotados. ¡Ah! hijo mío, es que como, débil criatura, tú mides á tu Creador por tu debilidad; avaro de tus dones, haces á Dios avaro de los suyos; y por que no puedes elevarte á la altura de su estatura, le haces descender á la bajeza de la tuya. Pero escucha: ¿qué da un niño á su hermano?

—Una pluma de ave azul para adornar la cabeza.

—¿Que dá un guerrero á su igual?
—Un arco y flecha.
—Que dá nuestro jefe á uno de sus súbditos?
—Una aldea y ganados.
—¿Y los reyes que gobiernan más ciudades que nuestra tribu encierra de Beudax, que dan á su turno?

—Sin duda tribus enteras.
—¿Qué daría, pues, el rey de los reyes, el señor de los señores? El que delante de él los príncipes de la tierra son como el polvo de mis pies, el que reina sobre millares de mundos, el que no tiene rival ni igual, el que existe solo, y al que pertenecen todos los bienes y los que le poseen, qué daría para estar según sus larguezas á la altura de su poder, de sus tesoros, de su gloria? ¿Sería demasiado una vida sin fin para un Dios infinito? ¡Ah, si tú supieras proporcionar para este rey, como sabes proporcionar para los príncipes de este mundo, no según el que recibe, sino según el que dá! ¿Una vida eterna sería demasiado de la mano del Dios de la eternidad?

Aquí el hijo guardó de nuevo silencio. El padre oró en su corazón, y algunos instantes después la conversación siguió en estos términos:

—Sí, padre mío, yo no he tenido razón; yo lo creo ahora; Dios puede y quiere darme una vida que no tendrá un último día. Pero esta vida no la obtendré.

—¿Por qué?

—Porque Dios ha dicho á mi corazón, haz eso, y yo no lo he hecho. En nuestras luchas solamente es coronado el guerrero vencedor; yo no he vencido el mal, yo no he merecido la corona siempre verde de la vida eterna.

El padre se recogió un instante, como para buscar una respuesta: al fin rompió aquel penoso silencio, que ya hacía temer á su hijo que no tenía nada que contestar. Pero el viejo levantó la cabeza y el chico prestó oído.

—Hijo mío, tú has dicho bien, el juez del combate no concede el premio sino á aquel que lo gana; el rey no paga sino al soldado que sirve; el trabajador no dá salario sino al obrero que trabaja.

Pero dime, ¿á qué precio te ha concedido Dios la vida de que gozas?

—Me la ha dado sin oro ni plata.

—¿En cuánto te ha vendido á tu padre y á tu madre?

—Los he recibido gratuitamente.

—Y ese campo que cultivas, ese sol que te alumbraba, esos rocíos que fecundizan tus mieses, ¿en cuánto los pagas cada año al Dios que te los envía? ¿Guardas silencio? ¡Bien! ¿Cambiará Dios de plan en el porvenir? ¿Después de haberlo dado todo durante una vida, se hará pagar tras de otra? ¿No es el mismo ayer, hoy y mañana? ¿Impondrá la necesidad de merecer el cielo y la felicidad al que no ha podido ganar un vaso de agua? ¡Hijo mío, ten cuidado! ¿Tú crees ser discípulo de Jesús, pero como los paganos, haces á Dios á tu imagen. Transforma-te más bien en la suya, y comprende que el que ha dado siempre gratuitamente, dará siempre por pura gracia.

—Sí, padre mío, dijo el hijo golpeándose el pecho, pero mis pecados, ¡mis pecados!

—Hijo, continuó el anciano, mostrando con la mano á la cruz que había sobre el monte, pero ¡Cristo! ¡Cristo! Mírale sobre ese madero que Él los ha expiado. Sí, llora tus faltas, pero en seguida levanta la cabeza hacia tu Salvador que espira en tu lugar y te perdona. Tu Dios te había impuesto una ley severa, pero era para que sintieras mejor tu debilidad y conducirte á pedir socorro. Grita, pues, al que te perdona, invoca al que hace gracia; Jesús ha muerto, cree en Él, y tus pecados, aunque fuesen rojos como el carmesí, serán blancos como la nieve!

El joven se arrojó en los brazos de su padre deshecho en lágrimas, y al través de sus gemidos, hizo oír estas palabras recogidas de la boca del misionero: «Yo creo, Señor, ayuda á mi incredulidad.»

EL PRECIO DEL ALMA.

(¿De qué aprovecha al hombre, si granjeare todo el mundo, y perdiese su alma? ¿O, qué recompensa dará el hombre por su alma? (Mateo, xvi, 26.)

El alma es inmortal. El mundo y todo lo que contiene, su gloria y esplendor; las obras de los hombres de estado, de los sabios, de los artistas dejarán de ser; pero el alma existirá para siempre.

La consecuencia de esta gran verdad que dejamos consignada, es que el alma es la parte de nuestro ser que debemos tratar con más consideración. Ningún amigo debe merecer nuestra confianza si nuestra alma sale perjudicada con su trato. El hombre que nos lastima en nuestros bienes, en nuestro carácter, en nuestra honra nos causa un perjuicio temporal; mas aquel que nos lastima en el alma, nos lastima por toda la eternidad.

Mediten los lectores de estas líneas acerca del fin para que hemos sido puestos en el mundo.

De seguro que no vivimos pura y simplemente para comer y beber, tampoco para satisfacer todos los deseos de nuestra carne, ni para reír y gozar sin ocuparnos de nuestra alma; vivimos para ocuparnos de la eternidad; vivimos para cumplir fielmente con nuestros deberes, teniendo siempre en cuenta que nuestra alma es inmortal.

Dios no conoce los privilegios, ni las distinciones; no mira á la fortuna ni á los honores que en el mundo puedan encontrar los mortales. El cristiano pobre que haya terminado sus días en una miserable bohordilla, es más noble á sus ojos que el opulento capitalista muerto en el más suntuoso palacio. Dios juzga á los hombres por el estado de sus almas.

Veamos, pues, por los intereses del alma, por la mañana, por la noche y durante el día.

Si ella sola es inmortal, ella sola es de un valor infinito. Por la mañana, oremos por la prosperidad de nuestra alma; por la noche, preguntémonos en conciencia si hemos hecho algún progreso. Y si los hombres extrañan que marchemos con tanto ardor por el camino de la santidad, respondamos siempre, sin avergonzarnos, que nos conducimos así porque vivimos para la eternidad. El día se aproxima en que para todo hombre solo existirá una cuestión importante, y es esta: *¿Está perdida mi alma, ó ha encontrado la salvación?*

ACLARACION.

Con el mayor placer damos cabida en nuestro periódico á la siguiente carta:

«Señor Director de LA LUZ.

Muy señor mío de mi consideración: He tenido el gusto de leer ya varias veces su apreciable é ilustrado periódico, y su contenido siempre me sirvió de satisfacción; mas en el número 123 correspondiente al día 15 del actual, he leído en su artículo de fondo las siguientes palabras.—«Cada uno á su puesto; los soldados á pelear por la libertad, etc. Los Cristianos á orar por el Evangelio etcétera etc.» Me ocurre sobre esto una duda y quizá consista en mi poca capacidad de dar el verdadero sentido á dichas palabras trascritas, y á desvanecer aquella se dirige esta carta, suplicándole, por tanto, no tome mi dicho más que en el sentido de hacer una ligera consideración.

Entendí, por la lectura de las palabras trascritas, que se recomienda á los soldados pelear, supongo que con las armas. El santo libro de la Ley nos dice en uno de sus mandamientos: «no matarás», el cual no hace excepcion de que sea con ó sin agresión. El Apostol San Pablo nos dice: «Haced bien á los que os persigan porque mia es la venganza, etc., y no pagar mal por mal.» Romanos xii, 14, 17 y 19: y se confirma en otros varios parajes. El mismo Santo Apóstol nos señala las verdaderas armas. Efesios vi, 11 á 17. No sé, pues que estoy poco instruido en la Santa Escritura, si en algún paraje se consigna que la fuerza de las armas se ha de emplear. Quisiera, querido amigo, me le citara para salir de tal duda. Además, al decir que los soldados á pelear y los cristianos á orar, parece que envuelve una diferencia. Pues ¿no son acaso cristianos, los soldados, hombres como los demás? Luego si efectivamente así es, hay aquí una contradicción, á mi modo de ver, porque ó hay que conceder á todos sin excepcion, el defender con armas la libertad y el Evangelio, ó á ninguno.

Por otra parte, la guerra lleva consigo toda la destrucción. Si bien el santo Apóstol Pablo recomienda la obediencia á las potestades, es solo en lo que no sea contra la ley de Dios, pues cesa la obediencia cuando se falta á dicha ley ó se manda en contra de lo que dispone esta. No crea Vd., Sr. Director, que no me desconsuela y no estoy triste al ver que se podría perder la libertad, y con esto venir los consiguientes males, los mayores que podría sufrir el Evangelio, pues solo deseaba que este fuera la única guía de la humanidad con lo que sería feliz en todo.

Dispénsame Vd. esta molestia que le origino, y suplicándole la contestación en LA LUZ á esta carta, le quedará sumamente agradecido, su hermano en nuestro Señor Jesucristo.

Madrid 23 de Abril de 1873.»

La forma cortés de la carta que hemos transcrito, nos obliga á contestarla, por más que no traiga firma al pie como hubiéramos deseado.

No existe efectivamente en las Escrituras, interpretadas á la luz del Evangelio, un solo versículo en que se consigne que deba emplearse la fuerza de las armas. A lo ménos, nosotros no lo conocemos ó no se nos ocurre en este momento.

Tampoco hemos querido establecer una diferencia entre los soldados y los que no lo son. Lo que hemos tenido presente al consignar las palabras que subraya nuestro suscriptor, ha sido el pasaje de la Santa Escritura en donde se nos habla de la oración de Moisés mientras que Josué peleaba contra los enemigos del pueblo de Dios.

Siempre habrá en la tierra manchada por el pecado, hombres encargados de velar con las armas por la seguridad de los demás; la misión de los tales es pelear; lo que no quiere decir, que no deban orar lo mismo que aquellos que se dedican á otras profesiones.

Es la única aclaración que podemos dar.

AL PUEBLO.

En un país, yo no sé dónde, había una madre que tenía una hija.

La hija era hermosísima; sus ojos se parecían á las estrellas. La madre era mala y corrompida.

Tenían dinero y lo prodigaban.

Iban á todas partes, lo veían y lo gozaban todo.

La madre andaba en todo género de licencias, era un ejemplo de perdición para su hija.

A la hija empezó á sucederle lo que á la madre; la madre no hizo gran caso de las primeras faltas de la hija. En el fondo de su corazón debió decir aquella tremenda frase de ironía como no se ha es-

crito otra, que Goethe pone en boca de Mefistófeles: «¡Bah, no es la primera!»

La hija empezó á ponerse pálida.

Parecía una azucena enferma.

Pasaron días, noches, meses, años.

La joven tosía con frecuencia; la madre se reía de sus temores.

«Diviértete, la decía, la alegría cura todos los males.»

Se divertía, en efecto, pero al fin de cualquier placer se sentía más abatida, más triste, más enferma.

¡Qué lástima tan profunda inspiraban aquellos magníficos ojos aterciopelados que se iban apagando día por día y hora por hora!

Se quiso curar: era tarde.

Lo ensayó todo: medicinas, médicos, aires, baños.

La naturaleza se vengaba del mal que la había hecho.

Aquellos labios que parecían en otro tiempo el corazón de una granada estaban pálidos.

La decía á su madre con triste sonrisa: «Me muero.»

¡Con qué amargura pensaba en lo pasado!

¡Con qué dolor decía: ¡Oh! si pudiera borrar los diez últimos años.

En tanto se consumía más y más. No pensaba en Dios ni en nadie; solo en su mal.

Envía á buscar médicos extranjeros. Los médicos la vieron y menearon tristemente la cabeza. «Se muere.» La dijeron.

Ya no era hermosa; sus ojos ya no se parecían á las estrellas, ni sus mejillas á los manojos de claveles.

La madre estaba pesadosa, pero poco. Era uno de esos espíritus ligeros é inconstantes que nunca se reconocen causa de ningún mal.

Al fin un día de primavera, cuando Dios vertía sobre la naturaleza todas sus galas y toda su vida; cuando el nido del pájaro se estremecía al beso de la brisa de la mañana, cuando el perfume de la acacia llenaba el ambiente, la pobre joven de los ojos espléndidos murió.

Sobre su tumba nadie puso ningún ramo ni ninguna lágrima.

¡Oh, España! esa joven eres tú. Tus extravíos pasados son la causa de tu tisis de hoy.

Has tenido malos padres, malas madres, padrastros y madrastas. Tus vicios son los tuyos y los suyos.

Buscas tu cura en esos médicos que se llaman revoluciones. Cada día acudes á una nueva y tu mal no se cura.

¿Te acuerdas de Dios? ¿De Jesucristo? ¿Del Evangelio?

Te pareces á esos enfermos que toman todas las posturas y que no pueden estar de ninguna.

Ni las teorías de dentro ni las de fuera te alivian, ni los médicos del país ni los extranjeros.

Piensa en Jesucristo. ¿Por qué no?

Si ya has acudido á todos los médicos, ¿por qué no acudes al fin á ese último?

LA FÉ DE UN NIÑO.

Existían en la quebradura de un alto monte unas hermosas flores que desearon poseer unos viajeros, y para conseguirlo propusieron á un niño si quería dejarse suspender sobre el abismo. Le ofrecieron dinero, pero el muchacho, á pesar de que sus padres eran pobres y tenían necesidad de aquella cantidad que le presentaban, al medir con su vista la profundidad del abismo, retrocedió espantado y rehusó recibir la codiciada propina. Mas al fin triunfó el amor filial. El muchacho se acercó de nuevo al precipicio, volvió á mirar el dinero y exclamó lleno de emoción:

«Bajaré por las flores, si mi padre tiene en sus manos la cuerda.»

Los viajeros aceptaron, y el niño, lleno de valor y de confianza, porque su padre velaba por su existencia, permaneció suspendido sobre el horroroso precipicio el tiempo necesario para llenar un cesto de flores. El amor de su padre y la fé le dieron fuerzas para conseguir su objeto.

Esto y no otra cosa es la fé. No es la fé la adhesión ciega á todas las palabras de un hombre, ni al sistema de una iglesia, como se enseña en la de Roma; la fé es un acto de confianza inspirado por el amor de Dios, en virtud del cual nos ponemos en sus manos y nos creemos más seguros que en ninguna otra parte.

Me dice Dios que para salvarme crea en su hijo Jesucristo; pues renuncio á todo otro medio de salvación que no sea el propuesto por Dios, porque Dios me ama y cuando me lo ha propuesto, ese es el único é infalible.

Cuando la mano de Dios me sostiene, yo me lanzo sin temor en el abismo; que el abismo dejará de serlo, y se convertirá para mí, si mi padre celestial me sostiene, en un camino llano y fácil, sembrado de flores.

LA VENGANZA DE LA AFRICANA.

Dos hombres, naturales ambos del Sur de Africa, riñeron y hubieron de convertirse de amigos en enemigos irreconciliables.

Atravesando uno de ellos un espeso bosque encontró una muchacha, hija del otro, jugando sola. Apenas la vió, un sentimiento de venganza se apoderó de su corazón, y lanzándose sobre la pobre niña, cortóle con su cuchillo dos de sus dedos, acompañando tan infame acción con estas palabras: *He saciado mi venganza.*

Pasó algún tiempo. La niña era ya mujer. Un día llegó á la casa de su padre, un pobre viejo estropeado pidiendo que le dieran de comer. Verle y reconocerle fué obra de un momento para la mujer africana, y entrando en la casa ordenó á los criados diesen pan y leche hasta la saciedad á aquel hombre que la había privado de sus dedos.

Cuando el hombre hubo concluido de comer, descubrió la africana su mutilada mano y enseñándosela á su enemigo, le dijo: «He saciado también mi venganza.»

La niña se había hecho cristiana y aprendió perfectamente lo que quiere decir este versículo: «Si tu enemigo tuviese hambre dale de comer; si tuviese sed dale de beber: que haciendo esto ascuas de fuego amontonas sobre su cabeza.» (Rom., xii, 20.)

¡Cuán bella es la conducta de esta mujer cristiana, sobre todo si se la compara con la de su enemigo pagano!

Discípulos de Jesús, nuestro deber es imitar siempre al Maestro dulce y humilde de corazón que aun en la misma cruz oró por sus perseguidores y verdugos.

Y ¿hay en el mundo honor parecido al honor de haber devuelto bien por mal?

PEDRO ANTE EL SEPULCRO.

La explicación de nuestro grabado se encuentra en el Evangelio según San Lucas, capítulo xxiv versículo 12 y en el Evangelio de San Juan, capítulo xx, desde el versículo 2 al 8 inclusive.

RECUERDOS.

I.

Pasa, recuerdo engañador y vano,
Pasa cual sombra que duró una hora,
No me acaricie ya tu blanda mano,
Tu amor es ya un amor que no enamora.

Falacia, deslealtad, hipocresía,
Las tres se congregaron un momento,
Y en una noche tétrica y sombría,
Destrozaron un puro sentimiento.

Huye de mí, recuerda; tú no tienes
Que darme mas que penas y dolores,
Se pasaron las dichas y los bienes,
Pasó la primavera con sus flores.

La dulce confianza, la hora grata,
La lectura en comun... ¡todo ha concluido!
Pasad, recuerdos, cuya sombra mata
Iros á confundir en el olvido.

II.

Santa musa que al cristiano
Cantas alegre al oído,
El himno que has aprendido
En la mansión del Señor;
Detente un rato á mi lado
Y dime ese himno bendito,
Que yo también necesito
Los consuelos de tu amor.

Cíñe mi sien, sacra musa,
Con corona de beleño,
Y en un encantado sueño
El Paraíso hazme ver;
O hazle si nó que descienda
A mi corazón herido,
Y al ménos podré dormido
Vivir un instante en él.

Huye, recuerdo maldito,
Al lugar en que naciste:
En hora buena viniste
Y en hora mala te vas;
Ya viene la primavera
Ofreciendo sus amores,
Órnese mi sien de flores
Y ya no piense en tí más.

Juventud, gracia, hermosura,
Son rosas que abate el viento;
Felicidad de un momento
Trocada en llanto despues:
Yo no conozco más que uno
Que nuestros dolores sienta
Que no engañe y que no mienta;
¡El Hijo del Hombre es!

A. SANCHEZ DEL REAL.

BLANCA GAMOND.

(Continuación.)

La infortunada pasó toda la noche tendida sobre el camino. Como era natural, dado su estado de enfermedad y de abatimiento sufrió tremendos dolores interrumpidos por frecuentes desmayos. Cuando salía de ellos el único consuelo que encontraba era dirigirse á Dios y fortificarse con el recuerdo del Salmo 38 tan aplicable á su situación. Llegó la mañana; divisó á un transeunte y le rogó fuera á avisar á una joven amiga suya en quien creía tener alguna confianza. La joven no acudió por miedo; pero en cambio dió aviso al rector del hospital al P. Genest. Acudió este al lugar de la catástrofe y la encontró en la situación en que puede suponer-

se, y en vez de prodigarla los primeros auxilios, contentóse con dirigirla sangrientos reproches y preguntarla la manera y los medios de que para su evasión se habían valido sus compañeras. Al cabo de un rato hizola conducir al hospital; pero los hombres que la llevaron hiciéronlo de tan ruda manera que sus padecimientos aumentaron de un modo increíble. Al llegar al patio del hospital depositáronla sobre el suelo; y allí la dejaron espuesta á las burlas groseras de una turba de jóvenes de ambos sexos, hasta que volvieron de almorzar. Subióse á Blanca á la enfermería y la Providencia quiso que se la colocase al lado de mademoiselle Terrasson que habia sido presa al huir. Arrojársele sobre una piel de carnero y allí estuvo tres dias sin que nadie la visitara y sin que ningun cirujano viniese á curar sus miembros dislocados; al fin vino un hombre llamado Maistre Louys Bla, el cual la hizo la primera cura; esta cura fué, como puede suponerse dolorosa, en extremo. Casi todos sus huesos estaban quebrantados y rotos.

Este no impidió que el venerable rector del hospital acudiese de cuando en cuando á mortificarla, asegurándola que si no verificaba la abjuración de una vez, al fin y al cabo se la enviaria á América ó se la volveria á entrar en más profundos y terribles calabozos.

No se cuidaba de ella hasta el punto de hacerla permanecer dias y dias enteros sin moverla de postura. El hedor que exalaban sus llagas era insopportable. Se permitia algunos muchachos que vinieran á jugar y á correr cerca de donde ella estaba con el objeto de que el ruido la molestase y la agravase, y en efecto así era.

Uno de los consuelos que tuvo durante este suplicio fué la visita de su padre. Rogó y suplicó para que le dejaran permanecer á su lado como enfermero para que la cuidara, pero no lo pudo conseguir. El pobre padre ofreció ponerla en una casa católica; ofreció toda clase de garantías y no pudo obtener nada. El rector del hospital contestóle siempre inflexiblemente: «Es preciso que cambie; si no no saldrá jamás de aquí.»

Dos ó tres dias despues algunas prisioneras que habian compartido con ella los sufrimientos del hospital lograron escaparse y esto no pudo menos de regocijarla, pero esta misma fuga de sus compañeras, vino á agravar sus tormentos, porque faltándola aquellas que la mostraban más interés y simpatía hubo de caer en manos mas duras y desapiadadas. En el mes de Octubre otra de sus compañeras que la habia dado tambien muestras de amistad mademoiselle Auberton la hizo un señalado servicio; el de traerla su madre á quien no habia visto desde que los arqueros la habian separado violentamente en Grenoble. La entrevista fue tierna y dolorosa; asustóse la buena mujer del estado deplorable de su hija y mademoiselle Auberton se indignó profundamente. Hizo venir la primera un cirujano, el cual habiendo examinado la llaga que tenia en la cadera declaró que era urgentísima una operación, y no atreviéndose á hacérsela solo, volvió al dia siguiente con otros tres cirujanos. La operación fué hecha; los dolores fueron terribles hasta el punto que los operadores creyeron que al dia siguiente la encontrarían sin vida. Volvieron en efecto al otro dia y la encontraron viva. Dios no queria llevarla aún á sí.

Como tenia más que nunca necesidad de fortificar su alma, escribió una carta á su amigo monsieur Murat, contándole todas sus desdichas desde su llegada á Valence. «El gran apóstol no podrá, le decia, reprocharme que no haya llegado hasta la sangre; Dios me ha hecho sin embargo soportarlo todo.» Su amigo Murat contestóla al cabo de pocos dias alentándola y dándole preciosos consuelos: «Os he enseñado, la escribia, aquella lección de nuestro buen Maestro de no prorrumpir en injurias contra los que os persiguen. Puesto que habeis comenzado es preciso que lleguéis hasta el fin, mi querida niña, para que vuestra constancia sea una obra perfecta. Eso ha sucedido á ese bienaventurado mártir Mr. Mellurat, de gloriosa memoria que ha dado

el más grande ejemplo de constancia que ha tenido lugar en estas últimas persecuciones. Bendecia á sus perseguidores, les decia que sabia que los tormentos que él debia soportar no tenían por causa otra que sus pecados y la voluntad de Dios, á la cual se sometia. Si se os ha negado lo necesario para aplacar vuestra sed cuando la fiebre os devoraba, recordad que nuestro gran Salvador, estando en la cruz, tuvo sed y se le dió por toda bebida vinagre mezclado con hiel. Cuando me acuerdo de las persecuciones de que sois objeto y de vuestra constancia, encuentro en esa misma constancia algo más que humano; el mismo Dios que os fortifica por medio de su Santo Espíritu. Pero es preciso perseverar hasta el fin. No veais la corona del martirio que os está preparada en el cielo. Estoy seguro que sentís en vuestra alma un consuelo inefable, dad parte de él á vuestras compañeras de infortunio, que vuestra constancia las fortalezca, y que vuestra piedad las reanime. Y seguid todas juntas á vuestro gran capitán Jesucristo, que ha sufrido en la cruz y despreciando la vergüenza, fué á sentarse despues á la diestra del trono de Dios.» Palabras fueron estas que reanimaron mucho, y fortalecieron el espíritu de Blanca y de sus compañeras.

(Se concluirá.)

LOS FRUTOS DEL EVANGELIO EN PERSIA.

(Conclusion).

III.

Los años que siguieron trajeron varias pruebas que sirvieron todas para patentizar la solidez de la obra cumplida. Una persecución dirigida por los musulmanes contra los cristianos obligó á Fidelia á cerrar por algun tiempo su escuela; sus alumnas se dispersaron; pero llevaron consigo á todas partes el nombre y la potencia de Cristo, dando así á la obra del Señor mayor extensión. Más tarde fué el cólera el que las dispersó; pero en cambio aquella terrible epidemia les dió una ocasión propicia para que manifestasen á los ojos de las gentes asombradas, las heroicas virtudes de un cristianismo verdadero y profundo. En fin, cuando el mal estado de su salud impidió á Fidelia ocuparse con regularidad de sus trabajos de evangelización y de la cura de almas, muchas de sus alumnas se dedicaron á estas tareas, y alcanzaron del Señor no pocas bendiciones.

Como en el seminario de Holyoke donde Fidelia habia pasado su juventud, todos los años eran testigos de nuevos movimientos religiosos entre las alumnas de Oroomiah, y por medio de ellas en las aldeas de la llanura. Si el testimonio de los hombres más competentes y dignos de ser creídos, de los Perkins, Stoddard, Wright, no viniese á confirmar las narraciones de la señorita Fiske, nos costaria trabajo admitir la autenticidad de los prodigios que se han verificado en una maravillosa escuela de piedad. Pero estos testimonios son tan ciertos como numerosos; fuerza es, pues, confesar que en ciertas circunstancias, muy misteriosas aun para nosotros, el espíritu de Dios obra á veces con una fuerza de la cual nada de lo que estamos presenciando en Europa puede darnos una idea. Hay en aquel reino de Persia tan atrasado, y por espacio de tanto tiempo cubierto con las sombras de la muerte, iglesias que tienen más vida y más celo y que son más espirituales en las manifestaciones de su piedad que las de Palestina y de Grecia en tiempos de S. Pablo; hombres y mujeres tan penetrados de la suma importancia de las cosas celestiales, y en tal grado llenos del Espíritu Santo, que parece que han resuelto el problema de unir la mayor actividad exterior con un estado de alma extático.

Y no se crea que sacamos esta conclusion fundándonos en datos generales y juicios someros; nos apoyamos al contrario en la lectura de relaciones detalladas, de extensos fragmentos biográficos contenidos unos en las cartas de Fidelia Fiske,

otros en las memorias de los misioneros, colegas suyos en la obra, á las sociedades de América. Y lo que hallamos en estos documentos no son las movilizaciones impresionables de unos ánimos exaltados; pero sí hechos, hechos referidos con suma sobriedad, y con cierto pudor religioso, el cual es una garantía de su verdad. Por lo demás, los misioneros americanos son gente muy práctica y que aborrece el fanatismo y los admirables sucesos religiosos que hemos tratado de compendiar en algunas páginas no perjudicaban las lecciones de costura y de aritmética que la señorita Fiske daba á sus alumnas. Es preciso leer la memoria que dirigió en 1847 al cónsul inglés en Teheran, con motivo de una amenaza del gobierno de cerrar el seminario, para apreciar en lo que vale una piedad capaz de florecer en un campo tan desfavorable para la exaltación: «Nuestro objeto es criar á las jóvenes nestorianas para prepararlas á ser unas hijas, hermanas, esposas y madres mejores de lo que suelen ser en este país... Esta educación abraza todas las cualidades físicas intelectuales y morales idóneas para asegurar el bien de la sociedad. Dejando á un lado los varios deberes de la escuela, de la cocina y del lavadero, se enseña á las niñas á cortar y confeccionar sus vestidos. También aprenden á hacer labores de aguja, y hacen medias en sus ratos de ocio.. Las mismas manos que en invierno saben manejar la aguja con habilidad, saben hacer uso de la hoz en verano, y en otoño trabajan en la recolección de las uvas...» Y cuatro años despues, en medio de un despertamiento de vida religiosa que superaba á todo cuanto se habia visto hasta entonces, Fidelia escribia á una amiga suya: «Aun no es de dia, estoy levantada hace ya una hora, y me queda tiempo para escribir algunas líneas antes del almuerzo. Hoy es sábado, día de la colada. Si Vd. estuviera aquí, no tardaria en ver á mis hijas lavando los platos, limpiando los cuchillos; fregando los candeleros, barriendo las salas, lavando las toallas, encendiendo el fuego en el lavadero, etc. Todo esto debe estar concluido á las ocho menos cuarto, á cuya hora podria Vd. ver á toda la familia reunida en la sala de escuela en vestidos de lavanderas, llevando en las manos los sacos de ropa y los pedazos de jabon, preparadas todas para la acción. Primero me oiria Vd. leer la lista de todos los objetos que deben ser lavados, para cerciorarme de que no se ha olvidado nada. Despues veria Vd. un cuerpo de 20 jóvenes dirigirse hacia el lavadero donde las mujeres fuertes y diligentes les reparten el agua. El agua corre y la ropa se pone limpia. Pronto cede el primer destacamento el puesto á otro, y así van siguiendo por turno hasta concluir la obra, y eso antes de dar las doce. Entonces se reúnen otra vez en la escuela para peinarse, lo cual no siempre es cosa fácil y agradable, sobre todo cuando uno ha estado en contacto con la gente de afuera. Despues de esto hay que aderezar la comida, comerla, lavar los platos, cuyo trabajo no exige mucho tiempo. Por la tarde hacen medias, se examinan las cuentas de la semana, y se prepara todo para el dia siguiente. El dia de trabajo termina con el canto de un himno. Cuando el sol se pone empieza el sábado nestoriano.»

Ya se hecha de ver que en medio de las prácticas de devoción en el seminario de Oroomiah, no se descuidaban de los deberes domésticos, ántes bien que estos se cumplieran con tanta puntualidad y escrúpulo como aquellas; y así es como la señorita Fiske logró formar mujeres cristianas, verdaderamente mujeres, y verdaderamente cristianas, tan prácticas en el hogar doméstico como inteligentes y celosas en la obra del Señor.—¡Raro y precioso ejemplo en un mundo donde el equilibrio no se encuentra casi nunca!

Fidelia Fiske dedicó diez y seis años de su vida á esta hermosa obra de educación cristiana, y despues volvió á América, quebrantada y debilitada pero dichosa; murió allí á los pocos años. Algunos dias antes de salir de Oroomiah, tomó por última vez la Santa Cena en la Iglesia en cuya formación tanto habia contribuido. Las más de sus antiguas

alumnas se habían dado cita, de 20 leguas á la redonda, para partir una vez más el pan con su madre espiritual. La capilla estaba llena de bote en bote, y el auditorio sumamente conmovido. Fidelia se sentó atrás cerca de la puerta para abrazar con una sola mirada á todas aquellas que había engendrado á J. C; 93 estaban presentes. Que mucho que se desbordase su alma con un vaso demasiado lleno al contemplar á estas hijas que el Señor le había dado para la eternidad. De las 93 no había más que una con la cual no hubiese orado privadamente; cada una de las 92 restantes había sido en su tiempo el objeto especial de su cristiana solicitud.

El día señalado para su salida, 70 alumnas se agruparon alrededor de su amada directora, pidiéndola el favor de orar con ella una última vez. «Estoy muy débil para conducirlos al trono de la gracia, dijo Fidelia.—Pues nosotras la llevaremos á Vd. exclamaron á una las 70 jóvenes, y en seguida cayeron de rodillas alrededor de ella.» Seis de ellas oraron sucesivamente, y una lo hizo con tanto poder que sus palabras se grabaron en la memoria de la directora que pudo el mismo día escribir las en su diario. A continuación damos el resumen de esta oración ofrecida á Dios por una joven de 17 años.

Principió pidiendo que cuando Elías se fuese, se les concediera á todas el ver el carro de fuego y la gloria celestial y recoger el manto caído para pasar el Jordán é ir al trabajo en vez de quedarse llorando sin hacer nada: después recordó al Señor que había prometido no dejarlas sin consuelo, y le suplicó que viniese á habitar con ellas. Y volviendo al pensamiento del viaje de la directora, pidió que el sol no la fatigara de día, ni la luna de noche. Acordándose de los muchos ríos que se hallan entre Oroomiah y Trebisonda, y de los caminos estrechos y peligrosos en las montañas, pidió que cuando la señorita Fiske pasase por los ríos no la ahogara, y que el Señor la encargara á sus ángeles para que no tropezase con la piedra. Sabedora de que el viaje por tierra había de hacerse por jornadas y que la señorita Fiske tendría que vivaquear por el desierto en una tienda, suplicó al Ángel de Jehová que acampase á su lado para protegerla. Embarcándose después en espíritu con su querida directora en un buque de vapor, pidió que el fuego no la quemase, que las llamas no la consumiesen, que cuando el soplo de la tempestad encrespase las olas de la mar, haciendo subir á los cielos ó bajar á los abismos el buque, el Señor la guareciese en la palma de su mano, y la condujera sana y salva al puerto; que la concediera la gracia de ver otra vez á sus amigos y sobre todo á su anciana madre para que esta, estrechando en sus brazos á su hija querida, pudiera exclamar como Simeón: ¡Ahora, Señor, despides á tu sierva en paz! ¡Oh! ¡pueda nuestra querida directora, exclamó por fin la joven, volver para mezclar su polvo con el polvo de sus hijas, para oír con ellas el toque de la última trompeta, é ir con ellas al encuentro del Señor! ¡Entonces todas juntas estaremos con él para siempre!

Este último deseo no debía realizarse. Fidelia Fiske vivió bastante tiempo para escribir la vida de la mujer distinguida cuyas huellas tan fielmente había seguido, y que durante algunos meses reemplazó como directora en Holyoke, pero á sus queridas nestorianas no las vió nunca más. Murió el día 26 de julio de 1864 después de una breve y dolorosa enfermedad.

«Dios la había mandado á Persia, decía con motivo de su muerte uno de sus amigos, con el fin de que esas pobres gentes aprendiesen á conocer á Cristo por medio de una imagen viva de su amor. Nos la devolvió para dejarnos ver lo que puede llegar á ser la naturaleza humana bajo la influencia del Espíritu Santo.»

No se hallan muchas veces personas cristianas dignas de una oración fúnebre como esta.

Traducido del francés
De *El Cristiano Evangélico*.

LA VIDA ETERNA.

SEGUNDO DISCURSO.

El materialismo.

(Continuación.)

Hé aquí un hombre que después de haber formado una resolución enérgica, cae en un acto de debilidad cualquiera; cede por ejemplo, á una tentación de la carne. Exhortadle después, para que no se acrimine á sí propio, diciéndole que esa es la consecuencia natural de su temperamento; que según las leyes fisiológicas no puede obrar de otra manera; que su único error consiste en haber querido luchar contra la naturaleza; que sus recriminaciones son tan infundadas como las que se pudiera hacer porque una piedra cayese en el suelo, ó el agua siguiese su corriente. Y bien; para este hombre que tal vez se haya hecho los mismos razonamientos, vuestras palabras son nulas; ninguna razón encuentra para atenuar su falta, porque es una justificación brutal la que se funda en la negación de la libertad. Si su alma vibra al impulso de un sentimiento generoso, si no ha abdicado su cualidad de ser moral, volverá por su dignidad herida, os recordará que es un hombre y que su mayor tormento cuando sucumbe á esa pasión, es saber que hubiera podido resistirla; rechazará esa degradante justificación por la necesidad de su naturaleza, y querrá mejor confesarse cien veces culpables, que permitir que se le envilezca de ese modo.

Tal es la voz de la conciencia. Reunida al sentido común, del que es esa manifestación más elevada protesta abiertamente contra el materialismo, hasta el punto de poderse acusar á sus patrocinadores de la más flagrante contradicción consigo mismos. Entre los hombres de ciencia que más se distinguen en esta escala, debemos contar los médicos, de los cuales, en general, hay que hacer una excepción muy honrosa en nuestro país, pues la mayor parte profesan ideas cristianas muy fijas, en vez de llamarse materialistas como en otras naciones. Pues bien; observémosles en sus funciones, y si hallamos un doctor que al examinar el estado físico del enfermo no haga algunas preguntas sobre las causas morales que hayan podido alterar su salud, no podemos fiar mucho en él. ¿Pero qué es lo que hace ese médico que se llama materialista? El no se limita solo á recomendarle el uso de las medicinas; al mismo tiempo le prescribe el reposo más absoluto; otras veces le recomienda el ánimo y que resista á aquellas impresiones que puedan fatigarlo demasiado. Y cuando habla así, ¿se dirige á la materia? ¿Es por ventura á la molécula orgánica á la que habla? No; se dirige á la libre inteligencia que supone muy fundadamente en aquel enfermo; aun que él sea materialista, al fin es un hombre, y si no quisiera contradecirse, si quisiera permanecer fiel á su doctrina, preciso fuera que reformase sus consejos y no se pusiera tan evidentemente en contradicción con sus principios científicos.

Hemos examinado muy detenidamente el materialismo en sí mismo, y aunque nuestro estudio no haya sido muy profundo, á lo menos ha sido muy sincero. Dispuesto estoy á sostener la misma tesis en el lenguaje propio de la ciencia, si á ello se me invitara; y para concluir ya, no me resta otra cosa que hacer un poco de historia.

Veámoslo.

El materialismo, que es tan antiguo como la filosofía, ha desarrollado todas sus consecuencias, sujetándolas á nuestro examen, y produce una moral que solo tiene relación con los goces del cuerpo. Epicuro, materialista acérrimo, dedujo de su teoría una consecuencia extraña. La moderación en todo, una virtud casi austera, eran á sus ojos la prescripción más sabia y una condición necesaria para la felicidad, de tal modo, que el mismo parece haber vivido muy sóbriamente; pero sus discípulos traspasaron sus doctrinas, adoptando el materia-

lismo en todas sus consecuencias, no viviendo sino para el placer y la comida. Aun hay otros más antiguos que los epicuristas. Un discípulo rebelde de Sócrates fundó en Cirene, sobre las orillas del África una escuela; no se puede decir que fuera materialista, porque se ocupaba muy poco del principio y de la naturaleza de las cosas, pero el mejor que nadie alcanzó las consecuencias morales de la doctrina que reduce al hombre á la esfera del placer y del dolor que nacen y con él mueren. Hé aquí cómo hablaba Aristipo, que es el nombre de este filósofo: «El placer es el bien único de los seres racionales, por ser lo único real que existe. Guardémonos de pensar mucho, porque la vida es muy corta. No nos privemos de un placer hoy, por temor de sufrir mañana; que ese mañana, tal vez sea el día de nuestra muerte. Ni en el pasado, ni en el porvenir hay goce alguno; solo existe en el presente. La voluptuosidad es nuestro fin, y es preciso abandonarnos á ella sin reflexión ni cálculo.» (1)

Un gran poeta escribió, sin pensarlo, esta página de la historia de la filosofía en estos versos, resumen el más acabado de la doctrina de Aristipo:

Cantar es, y reír, nuestro destino.
De placer en placer cruzar la vida;
Tal vez la muerte que al no ser convida
Nos arrastre mañana en su camino.
Y como incierta y breve es la existencia,
Bebamos del placer la dulce esencia. (2)

Este fué el principio de dicha escuela; hé aquí su fin. Uno de sus jefes, nombrado Hegerias, profundamente penetrado del espíritu de su fundador, dedujo esta consecuencia. El hombre ha nacido para el placer, pero halla muy frecuentemente el dolor, en vez de la alegría. La vida es triste, porque los goces y el sufrimiento están mezclados. ¿Qué hacer, pues? Matarse; este es el partido mejor. Y el profesor, con una abnegación sublime, reservaba sin embargo su existencia, por tener el placer de ver morir á otros convencidos de su doctrina. Cuenta Cicerón, que la tal escuela fué cerrada porque los suicidas eran numerosísimos.

Pero no es esto todo; el materialismo tiene también su política, pues es una doctrina completa la cual ha sido desarrollada muy hábilmente por un inglés, Tomas Hobbes. Puesto que el cuerpo lo es todo, dice, y fuera de él y de sus propiedades el pensamiento no halla más que quimeras, fantasmas hijos de la imaginación, el hombre es una máquina viviente organizada. Según la naturaleza de las impresiones que recibe el cerebro por causa de los sentidos, ó que de él pasan á la extremidad de los órganos, se producen los fenómenos que se llaman sentimiento ó alegría, y esta es la única base del orden moral. El derecho, la justicia, el deber, la virtud y el vicio, no son más que vanas palabras. La ley fundamental del hombre, es alimentarse y vivir. ¿Cómo se constituye, cómo se forma la sociedad? En el estado natural reina una igualdad fundamental, y Hobbes presenta una razón que no la juzga mala; esto es, que el más débil, puede en una circunstancia favorable matar al más fuerte. Tal es la igualdad primitiva. Pero á esta igualdad no siguen la libertad ni la fraternidad, porque el estado natural universal y permanentes de todos contra uno y de uno contra todos.

(Se continuará.)

UNA ERRATA Y UNA RECTIFICACION.

Señor Director de LA LUZ.

Mi querido amigo: Dígnese dar cabida en las columnas de su ilustrado quincenal á las siguientes líneas, por lo cual le estaré sumamente agradecido.

En la poesía intitulada *Dijo el necio en su corazon: no hay Dios*, que Vd. tuvo á bien insertar en el número 122 de su periódico, estrofa primera, verso

(1) Densi, historia de las teorías é ideas morales en la antigüedad.

(2) Coros de Atalia.

segundo, donde se lee *arrogancia*, debe leerse *ignorancia*.

Al firmarme *Licenciado* no lo hecho con la intencion de dar á entender que lo soy en alguna ciencia, sino solo en la predicacion del Evangelio.

Quedando la verdad en su lugar, dándole á usted las gracias por este favor que me dispensa y deseándole toda clase de bienes, me repito de usted afectísimo amigo y hermano en el Señor.—F. DE A. CABRERA.

Mahon 15 de Abril de 1873.

PLEGARIA.

Señor, á cuyos dias son los siglos
Instantes fugitivos; ser eterno
Torna á mí tu clemencia,
Pues huye vana sombra mi existencia.

Tú, en cuya diestra excelsa valedora
El cielo firme se sustenta, ¡Oh, fuertel
Pues sabes del sér mio
La vil flaqueza, me defiende pío.

Tú, á cuya mano por sustento vuela
El pajarillo, ¡oh, bienhechor, oh, padre!
Tus dones con largueza
Derrama en mí, que todo soy pobreza.

F. MELENDEZ VALDÉS.

PENSAMIENTOS CRISTIANOS.

Muchos son los granos de arena, muchas las hojas de los árboles, muchas las gotas de agua de los mares; pero las misericordias de Dios son muchas más que todas ellas juntas.

Para estar más llenos de Espíritu Santo, debemos leer la Biblia más, velar más y orar más tambien.

Lo esencial para el cristiano es poseer á Cristo.

Gozar de Cristo es el verdadero paraíso y la verdadera vida eterna.

El hombre que todas las mañanas por medio de una oracion sincera [y humilde encomienda á Dios su familia, sus caminos, y aun á sí mismo, no debe temer lo que pueda sucederle durante el dia.

A los que á Dios aman, todas las cosas les ayudan á bien, y Dios guardará en completa paz á aquel que en Él ha confiado.

La oracion es una llave que, movida por la mano de la fé, abre todos los tesoros de Dios.

VARIEDADES.

¡MILAGRO!!

Extrañan los incrédulos se haya acabado el tiempo de los milagros, cuando dicen que hacen más falta para que los confundan; y en verdad que no es así, pues precisamente se ocupan algunos periódicos italianos de una mujer que se está haciendo célebre, cual es la Beata Palma de Oria en el Leccese, que se deja atrás á todas las faranduleras de oficio, y es más sobresaliente que ninguna de las conocidas hasta ahora. La noticia la trae el *Risorgimento Lucano*, y de él la tomamos para los lectores de LA LUZ.

Dichos periódicos extrañan mucho que los clericales no se hayan ocupado en ensalzar los prodigios obrados por la tal mujer, pues la aprobacion de la autoridad eclesiástica bastaria para confundir á tanto descreído como se burla de esas portentosas supercherías.

Tanto como se ha trompeteado, y aun se trompetea en libros de reciente publicacion, plagados de mentiras para enaltecer milagrillos de poco más ó ménos, y no hay entre los aficionados á la milagrería quien tome la pluma en justa alabanza de esa maravillosa mujer, de ese milagro viviente que desafía á la naturaleza y á Dios. Esto indica que aun los mismos interesados en las farsas piadosas van viendo que la fé en ellas se acaba, que los fieles escamados de tantas mentiras, se rien de impresiones de llagas, de crucifijos que sudan vermellon, de lágrimas que salen de las esponjas medidas en las cabezas de las imágenes, y de tantos fraudes piadosos ideados por sacristanes supercheros para embobar á los tontos y sacarles los cuartos.

Santos todos, los que habitais en el celeste empero, retiraos con vuestros milagros, porque no podeis hacerlos tan magnos como los hace una mujer de Italia, que impera sobre todas las leyes humanas y divinas. ¡Vamos! estais desbancados, estais cesantes, y ya no sois tan merecedores de los *Pater noster* que os dirigen vuestros devotos.

¡Paso á la beata italiana! Y bien que debeis cederlo á una mujer que desciende á los infiernos cuando se le antoja, y hace bajar de las nubes cuando lo desea al hijo del Eterno Padre. ¿Quereis más poder?

Esta prógima ha vencido á la naturaleza, puesto que (*mirabile dictu*), cosa estupenda, *hace siete años que no come*, y sin embargo vive, y vive santísimamente!!

Privada de todo alimento, segrega del paladar un líquido olorosísimo, balsámico, capaz de poner de mal humor á los perfumistas más célebres; y de este bálsamo, de esta esencia embriagadora llenan los devotos, y en especial las viejas, sus correspondientes redomitas. De manera que en la boca de esta mujer tienen los italianos un verdadero *manantial de agua olorosa*, superior á la de Colonia, y al Agua Florida.

Esa farsa no es moderna. Hay en los Relicarios del Escorial dos huesos, que se dice pertenecieron á San Diego de Alcalá; y el P. Sigüenza, historiador de toda la osamenta que aquella gran basílica aun tiene, dice muy formal, que en su época salia de estos huesos un licor como de aceite balsámico que tenia húmedos y manchados los paños y cendales sobre que estaban puestos.

Nuestra celebérrima Sor Patrocinio es una muñeca comparada con la Beata Palma de Oria. Tiene en la frente unas llaguitas que brotan su correspondiente sangrecita. Pues bien, aplicado á ellas un lienzo blanco, queda estampada nada menos que toda la Pasion de Cristo, desde los clavos á la corona de espinas, desde Pilato al Calvario. Así es que sobre la cabeza de esta embaucadora debemos suponer la existencia de todo un aparato celestial de litografía.

Esta mujer manda en Cristo, puesto que cuando le da la gana, se comulga con una partícula que viene de lo alto, cayéndole sobre la lengua. En estas partículas, afirman los creyentes, consiste todo su alimento. Así es que puede asegurarse hay en el Paraíso celestial una fábrica de hostias para proveer á la Beata Palma, y tambien un servicio aerostático guiado por sus correspondientes angelitos.

Y en fin; para concluir con tan pasmosas maravillas, allá va esta que supera á todas. ¿Se le pone á la Beata en la cabeza descender al purgatorio ó al infierno para ver que tal lo pasan los que han ido á ellos? ¡Pues nada! toma el portante y se eclipsa por algunos momentos, y vuelve á aparecer, enseñando quemada ó chamuscada la orilla de la camisa, y dice que viene del *regno del dolore, della perduta gente*, del reino del dolor, de donde están los réprobos. De manera, que debe haber para esta trapazera beata un tren expreso que la lleve derecha *allá citá dolente*, á la ciudad de los dolores.

¿Se le ocurriria decir más á la vieja italiana podrida de supersticion para probar la superioridad de la Beata Palma sobre Cristo, y sobre todos los

santos del almanaque, incluso los del *Flos Sanctorum* de Villegas? ¿Cuál de esos santos, aunque fuere del barro de que se hacen esos fetiches que se venden en las ferias y cerca de las puertas de las iglesias, hubiera podido vivir sin comer por espacio de siete años? ¿Cuál de entre vosotros todos los vienaventurados que componeis la corte celestial, tuvo nunca en el cielo de la boca una fábrica ó alambique de esencias perfumadas, ni grabada en la cabeza toda la Pasion del Santo Nazareno? ¿Quién, finalmente, de entre todos vosotros habitantes del Paraíso fué superior á Cristo que descendió á los infiernos una sola vez? Pues allá ha ido y venido muchas veces, y otras muchas ha visitado el purgatorio, y sigue visitándolo cuando quiere la Beata Palma de Oria.

A vosotros, pues, clericales, os toca entonar el *hosanna* en presencia de los prodigios de esta beata, aunque ella os obligue á cerrar de una vez para siempre la tienda de donde salió hecho un santo el canónigo de Epila, el nunca bien alabado Pedro Arbués, cuyos huesos estan depositados en la Seo de Zaragoza, para que los veneren los *Osiltras*.

Cantad el *hosanna* á esta mujer omnipotente, cuya aparicion sobre la tierra ha hecho cesar el tiempo de los santos, y cerrar la era de todos vuestros milagros. Ella ha vencido á la naturaleza y á Dios. Apresuraos á ir á Oria provistos de pañitos y frasquitos, porque quién sabe si por la virtud de estos portentosos amuletos, podreis tambien vosotros obtener la no pequeña gracia en estos tiempos calamitosos, de estar gordos sin necesidad de que masqueis ni con uno ni con dos carrillos.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

REMITIDOS.

HUELVA 2 DE ABRIL DE 1873.

Señor Don A. C.

Mi apreciable amigo y hermano en el Señor: Ya hace algun tiempo que debiera haber escrito á Vd. para darle cuenta de la obra del Señor en esta; pero esta falta se remedia diciéndole hoy lo que debiera haberle escrito.

Siempre he dicho que la obra del Señor [marcha lentamente, pero marcha, y hace ya algunos meses que pudimos nombrar el consejo de la iglesia. Desde ese momento se pudo arreglar que los miembros de la iglesia paguen medio real cada semana, con cuyo fondo se mandó hacer un sello: se ha pagado al sacristan, el alumbrado y otros gastos de la iglesia. Tambien se han recogido hasta principios del mes pasado 193 rs. para los pobres. A todo esto debo añadir, que deseando tener un armonium para la iglesia, he podido, en el espacio de algunos meses, recojer entre algunos capitanes de vapores ingleses, la suma suficiente para comprarle. Muchas fueron las dificultades que se han presentado para formar esta iglesia; pero gracias sean dadas á Dios por haberlas vencido. Lo que digo de la iglesia lo digo tambien de la escuela de niñas. Esta se principió sin tener casi nada para principiar, siendo además las primeras niñas, en su mayor parte, como pobres salvajes, y hoy se puede decir que es la mejor escuela de niñas que hay en esta. Esto lo sabemos por las niñas que despues de haberlas quitado sus madres para llevarlas á otras escuelas, en donde no solo no han aprendido nada, sino que han olvidado lo que sabian. Algunas de estas han vuelto otra vez. Desde hace algunos meses tenemos todo lo que es necesario para una escuela. Dios nos ha ido ayudando en todo. Como es una escuela cristiana, además de darles la instruccion que se dá en todas las escuelas, se les dá la instruccion religiosa; sabiendo las doctrinas que debe saber todo cristiano, y para mayor instruccion mi esposa tiene todos los dias una clase por la mañana, en la que se ora, se canta un himno, las lee un capítulo de las Santas Escrituras, se lo explica y despues les hace algunas preguntas para ver si han comprendido, y si no les dá nuevas

explicaciones. Esta clase se concluye con una oración que dice una de las niñas. Muchas de ellas piden á Dios la conversión de sus padres con otras peticiones. De este modo se enseñan á orar.

De los niños nada tengo que decir, porque en esta escuela, que es de noche, solo asisten á ella durante los meses de invierno. Y á decir verdad, no puede dar resultado alguno.

Después de lo dicho voy hablar de la obra en general, por ser bastante interesante. Desde hace algunos meses son muchos los tratados que he repartido á los guardias civiles, carabineros y tropa de línea. Con los tratados les he repartido á unos porciones de las Escrituras, y á otros Nuevos Testamentos. En diferentes ocasiones he tenido, por la noche, la casa llena de soldados. De estos, muchos han enviado á sus familias de los libros que les he dado.

Además de los soldados he repartido muchos libros á varias personas de diferentes pueblos de la provincia, y aun de fuera de ella, teniendo con ellos largas conversaciones, como es natural, para hacerles saber lo que predicamos y enseñamos, para que todo el mundo sepa lo que somos y lo que queremos y deseamos para bien de todos, etcétera, etc. Por todos estos trabajos esta misión es muy interesante. A lo dicho debemos añadir que dos miembros de esta iglesia han ido empleados á las minas, y como son personas celosas y de alguna instrucción, están haciendo mucho bien entre los mineros y sus familias. El uno ha establecido una escuela de noche y para la instrucción le hemos dado bastantes libros. El otro no tiene escuela, lo que tiene son reuniones hasta de 60 ó más personas, á las cuales, no solo instruye según sus conocimientos en el camino de la verdad, sino que también les distribuye tratados y libros santos, que ha llevado de aquí. También hay otro minero, en Valverde del Camino, del cual le envié á usted una carta que Vd. puso en La Luz, que está trabajando mucho. De este, debo decir que él ha llegado á ser un excelente cristiano sin haber oído predicaciones de nadie, y si solo por la lectura de la Palabra de Dios. El no había visto ni oído á ningún ministro protestante hasta que vino aquí un sábado hace ya algunos meses.

En fin, para concluir, solo diré que tres familias que no son de aquí van abrazando el Evangelio, y no solo no faltan á los cultos, sino que muchas noches vienen á mi casa en donde hablamos de cosas religiosas. Estas familias tienen otros amigos y espero en Dios que serán los instrumentos para que vengan al conocimiento de la verdad. Ya anoche trajeron uno á la clase bíblica.

Como es tanto lo que uno tiene que decir, sucede que siempre se olvidan algunas cosas interesantes, y una es la que voy á referir. Uno de los miembros del consejo tuvo una conversación con un romanista muy fanático por el estilo del cura Santa Cruz, pues decía que era preciso quemar á todos los protestantes, etc., etc. El miembro del consejo, después de haberle dicho muchas cosas le dijo que para juzgar de nosotros era preciso que viniese á oír las predicaciones, y por ellas vería si éramos tan malos como él creía. Al oír esto, otro que estaba con él le dice: «yo te pido que no vayas, porque sé que si vas tú te quedarás allí. Yo he ido muchas veces y he visto que no se dice nada más que la verdad, y si yo no he continuado, ha sido porque no quiero que me critiquen.» Lo que este hombre le dijo le causó alguna impresión, obligándole á venir á mi casa para que le diese algunos tratados. No se cuál será la impresión que le habrán causado.

Sin más por hoy, reciba Vd. los afectos cristianos de este amigo y hermano en el Señor.

PABLO SANCHEZ RUIZ.

ALICANTE 3 DE ABRIL DE 1873.

Señor Don A. C.

Mi querido amigo y hermano en Cristo:

En Alicante, cuna de la libertad y sepultura de los mártires del cristianismo, desde tiempos muy

remotos, vienen sufriendo los hijos de este pueblo, los desmanes más bárbaros, persecuciones, encarceramientos, deportaciones y fusilamientos, por los gobiernos tiránicos que nunca conocieron á Dios. Sí, hermano mío. Hemos estado sujetos á todas la arbitrariedades de esos hombres sin fé y sin religión cristiana; á esos hombres que nunca conocieron el Evangelio, á esos hombres que con el nombre de cristianos, no sirven á Cristo, y van contra el Evangelio de Cristo, y no tienen inconveniente en llamarse cristianos, ¡oh Dios! y en llamarnos judíos, renegados y protestantes, y yo pregunto: ¿quién son los protestantes? ¡Oh, hermano mío! ellos dirán que nosotros; pero yo les diré en alta voz, que ellos. Ellos son los protestantes, los que protestan contra Dios, los que van contra el Evangelio de Nuestro Divino Redentor y Maestro Jesucristo. Ellos son los que reconocen el poder temporal, al hombre que pretende representar á Dios en la tierra, al hombre infalible, al hombre que no puede engañarse ni engañarnos, al hombre que lleva en la cabeza tres coronas: hé aquí, por qué nos llaman protestantes; porque hacemos caso omiso de un hombre que se llama Papa.

Días de angustia y de luto se han pasado en esta población. Recuerdo en mi infancia en la mañana del día 8 de Marzo del año 1844... ¡oh, hermano mío! mi pluma me tiembla y el corazón se me aflije al evocar estos recuerdos tan amargos. En aquella mañana fueron fusilados 25 héroes, defensores de la religión cristiana y de la libertad. ¿Y por qué? Porque querían salir del yugo de servidumbre, y que se esparciera en este suelo la luz del Evangelio. Y... ¿se creyeron que con inmolarse á estas víctimas, se concluirían para siempre los defensores del cristianismo y de la libertad? ¡Oh, no! no ha sido así ni será posible que sea; porque la sangre derramada de aquellos mártires, ha servido de simiente, y creo que se ha de recoger mucho fruto.

Todos los años el 8 de Marzo se coloca en el sitio donde fueron sacrificadas las víctimas (en el malecón, hoy paseo de los mártires); un panteón ó mausoleo, y una de las inscripciones dice así: «La propaganda del cristianismo la más sublime de las causas, costó el martirio á sus apóstoles. La defensa de la libertad emanación purísima del cristianismo, ha creado un inmenso catálogo de mártires. ¡Llor á vosotros, mártires del cristianismo! ¡Felices vosotros, mártires de la libertad!» ¿Quién escribió esto? ¿Quedaron, pues, defensores de Cristo y de la libertad? No me queda duda; sí que quedaron; ¿y hay todavía? Sí que hay, y habrá siempre; porque la Iglesia de Cristo está fundada sobre la roca de los siglos.

Hace cerca de dos años que se reunió una Congregación; primeramente en casa de un amigo donde dabamos culto á Dios en espíritu y en verdad, y luego buscamos un local, y aunque con trabajo se hizo lo más preciso, y arreglamos la capilla. Algunos hermanos españoles y extranjeros, han asistido y formado parte de la Congregación en los días que se han encontrado en esta. Empero lo que más les ha extrañado á estos cristianos, es que nosotros mismos hubiéramos emprendido una obra del Señor, á pesar de ser pocos y pobres de intereses materiales; y además, que no teníamos Pastor para que nos anunciase el Evangelio, y que el hermano que nos dirige la palabra, es de Caudete, pueblo muy fanático; y á pesar de no haber tenido estudios y siendo pobre jornalero, después de haber padecido de enajenación mental, por lo cual ha estado en el manicomio en Barcelona, se encuentra todo ese tiempo dirigiendo la palabra á los hermanos, después de su locura.

Estos amigos han extrañado en gran manera todo esto, como se vé. ¿Quién es el que ha sostenido á esta grey? La fé en Cristo. Esta iglesia, en Cristo confía, y no nos cabe duda que Dios nos dará su santa bendición, y al mismo tiempo nos mandará á un Pastor para que cuide de su rebaño y anuncie la Divina palabra de Dios, y por este medio Dios dará el crecimiento, y unidos diremos que los protestantes, confiamos en el amor de Cristo.

Conste, pues, que los verdaderos protestantes, son los que creen en el que lleva tres coronas en la tiara, en el que pretende ser rey en la tierra, teniendo las llaves del cielo; esos creyentes son los protestantes verdaderos y legítimos; porque creen en un hombre, y no creen en Dios; porque no siguen á Dios y protestan contra el Evangelio de Cristo. Ahora nos molestan con desmanes, con amenazas, llenándonos la puerta de la Capilla de barro y suciedades, gritando y llevando armas en la mano para dar fin á nuestra existencia. Los que tal hacen no son cristianos, no conocen el Evangelio de Cristo. Desde aquí pedimos á Dios que en adelante no haya discordias, que seamos todos unos, y esperamos que el Gran Dios de las misericordias tienda su manto y cobije á esos pecadores que tan en las tinieblas se encuentran, y nosotros entre tanto esperamos que vengan al conocimiento de la verdad, y vean la luz.

Mi amigo, concluyo manifestando que después de tantas amarguras, me veo relacionado y rodeado de mis amigos cristianos, y abrigando la esperanza que Dios nos escuchará, y mandará á un ministro suyo, para que predique el Evangelio en esta ciudad, y en ese día que obtengamos tan gran beneficio para la obra del Señor, que sea para nosotros de júbilo y completo contentamiento.

Entre tanto la grey desea que Dios le bendiga á usted y á todos los que invocan el nombre de Cristo, y su amigo y hermano en el Señor.

ISIDRO VILA MENOR.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

Puntos de suscripción.

En Madrid.....	Soldado, 7, principal.
	Madera Baja, 8.
	Librería Nacional y Extranjera, Jacometrezo, 59.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Ascobareta.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartajena..	Capilla evangélica, plaza de las Monjas.
En Córdoba....	Calle de José Rey, 8.
En Santander..	Calle del Limón, 9, 3.º, izquierda.
En Valencia...	Calle de Serranos, 27, segundo.
En Sevilla.....	Calle de Quintana, 25.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.